

# Dar que reir al demonio



## CUENTO NAVIDEÑO DE HUMOR TORDOS A LA "POMPADUR" POR PEDRO MONER TRIAS

**T**OTAL, que da pequeño los había comido. Y cuando llegaron las Navidades de aquel año, pude conseguir ahorrar una pesetilla con las cuales decidí darles el chasco a mi mujer y a mis hijos y celebrar la Nochebuena a base de tan suculento manjar. Por que en verdad, cada vez que en el seno de mi familia se hablaba de exquisitos condimentos, invariablemente, sacaba a relucir yo, aquellos famosos tordos, a la «Pompadura» que comi en ocasión ya difícil de puntualizar.

Ma costó cierto trabajo encontrar persona que supiera aderezarlos; pero gracias a mi pertinaz empeño, logré por fin dar con un cocinero que indudablemente poseía conocimientos suficientes para satisfacer el más privilegiado estómago.

En aquel entonces disfrutaba yo en alquiler de una casa muy modesta situada en las afueras de la población, en la que íbamos a pasar algunos sábados y domingos, y algún que otro día festivo.

La víspera de aquella Nochebuena, que ya se desdibuja en mi memoria, di instrucciones a mi mujer para que con nuestros hijos saliera para la casita de campo y preparara con su diligencia habitual, algunas cositas típicas de tales fiestas hogareñas. Por mi parte había quedado con el cocinero que a las siete de la tarde me llegaría hasta su casa y recogería los tordos.

Terminados mis quehaceres, emprendí a pie el camino de la casita, distante algo así como unos cuatro kilómetros de la capital, en donde yo trabajaba inexplicablemente ya que tenía gran ilusión por dar el chasco con los tordos, olvidé éstos, y a punto de llegar a mi destino, me



di cuenta del tremendo olvido. Malhumorado rehice el camino y me dirigí presuroso a casa del cocinero quien, antes de entregarme los tordos, me pareció del caso ilustrarme con una conferencia demostrativa del arte culinario que era menester para lograr aquella obra que, a decir verdad se presentaba apetitosa. Me hice con la docena de tordos, cada uno de los cuales iba encerrado —como inerte ayunador de feria— en su correspondiente urna de gelatina, y empujé de nuevo el camino con los pajaritos, empaquetados.

Con tales idas y venidas, y tantos enredos, la noche se vino encima. ¡Y qué noche Dios mío! Un ligero viento frío de tramontana, traía de la próxima sierra nevada, corpúsculos acuosos congelados, y un cejafe de color panza de burra, hacía cobrir una inminente lluvia. El camino discurría en un mar de soledades y yo, cohibido por el tiempo

amenazador activé el paso. De vez en cuando alguna débil bombilla alumbraba penosamente la carretera. Fué entonces, después de diez o doce minutos de andar, cuando me di cuenta de que alguien me seguía. No quiero ocultarlo; sentí pánico. Y apresuré el paso. A menude, vigilaba de reojo los movimientos de mi persecuidor, que armonizaban con los míos; es decir que de mi conservaba siempre la misma distancia, como de unos treinta metros. Una angustia infinita me ahogaba y en un arranque de coraje decidí enfrentarme con él, bajo la luz de la primera bombilla que encontré; así lo hice y esperé. El hombre parecía hacerse el remolón, aunque con lentitud desesperante se acercó hasta mí.

—¿Qué desea usted?—le dije con voz fuerte, pero temblona. —Por qué me persigue?  
—Oh no; no lo crea usted—me contestó casi gimiendo aquel des-

graciado— Le explicaré. Acaban de mandarme a un recado urgente, y... bueno, se lo voy a confesar, como tenía un miedo que no podía con él, me dije: «allá vá un hombre; pues yo detrás de él. Una buena compañía no tiene precios.

Reaccioné enseguida y juntos los dos marchamos alegremente hasta llegar a mi casa, en donde, mi mujer y mis hijos, presos de gran ansiedad, me esperaban ya desde hacía bastantes horas.

Comí los tordos; que naturalmente, después del susto pasado, me hicieron daño. Desde entonces, cada año celebro la Nochebuena, como Dios me envía.



El peluquero y Samuel (a coro): ¡Felices Pascuas!  
Samuel.—¡Lo he dicho yo, arte!



EN EL COLEGIO  
—Dime un caso de coincidencia Pepita.  
—Mi papá y mi mamá, que se casaron el mismo día.



—¿Has estado en casa del médico?  
—Sí.  
—¿Y ha divinado lo que te tenías?  
—Exactamente: tenía cien pesetas y cien me ha pedido.

N.º 23

# Honda

Suplemento dominical de Baleares

# Las Navidades en Mallorca

Por Gaspar Sabater



La parte material —los olivos, las cuevas, las calas— han absorbido la parte espiritual, casi ahogándola. El desbrozamiento se impone. ¿Hasta cuando preferiremos un olivo a un Cuadrado? Creo que la elección no es difícil de hacer.

Dentro esa parte espiritual del alma mallorquina cabe destacar aquellas manifestaciones que, teniendo por base el sentimiento religioso, se muestran en toda su grandeza temperamental. Entre ellas, son las dedicadas a las fiestas navideñas, las que más sabor ofrecen. Una fecha como ésta, no podía pasar desapercibida a los mallorquines, eminentemente devotos y creyentes. ¿A eso hay que llamarlo religioso o decir calendario religioso —y decir calendario religio-

so, es decir calendario mallorquin— de más honda trascendencia que ésta en la que se conmemora la venida al mundo del Hijo de Dios? Los anales de la historia mallorquina señalan a ese día con letras de oro. Los hechos conmemorativos que podría citar son numerosos. Todos ellos precaban en forma palpable, el sentir del pueblo mallorquín en ese día de tanta significación. El sentimiento religioso no es, en Mallorca, una entelequia. Es un hecho consumado y real.

¿Cómo son las Navidades en Mallorca? ¿Cómo celebra el pueblo mallorquín tan fausto acontecimiento? He dicho al principio votos y creyentes, ¿A eso hay que llamarlo religioso o decir calendario religioso —y decir calendario religio-

respecta a las Navidades, cabe señalar un hecho: el hondo espiritualismo que preside esta conmemoración. Las Navidades son, en Mallorca, eminentemente religiosas. No se conciben de otra forma. Un sentido religioso es el que informa los actos que se celebran en este día. En Mallorca, no hay estridencias mundanas, ni intenciones pecaminosas. Todo es humildad y recogimiento. Lo profano no tiene cabida en un mundo como el nuestro, en que los pastores: illos de barro y el canto de la Sibila, son las columnas vertebrales que sostienen el edificio de las fiestas navideñas. Contrario a lo que ocurre en muchos sitios, en que este día es considerado como un día bullanguero y profano, en Mallorca lo es de meditación. ¿Acaso la vida al mundo del Mesías no exige esa honda meditación, ese hondo e íntimo sentir que experimentan los mallorquines ante esta fecha por todos conceptos gloriosa?

## "Alégrense los Cielos y regocijese la Tierra a la vista del Señor, porque viene" -- (Ps. 2-7)

En el principio, hizo Dios el mundo de las criaturas. He aquí que este mundo entaló divorcio al Señor, se distanció de él, y, desde entonces, vivía estremecido en la tiniebla. Pero ha llegado la sazón del regocijo. Nunca podrá apreciarse en su justeza el misterio teológico de la vuelta de Dios. Sería preciso que el corazón humano tuviera capacidad divina, pudiera captar la potencia amorosa del Señor. Porque el Señor retorna a sus criaturas, no en esporádica visita, no en revista superficial, sino que llevando al límite la divina cortesía, asume nuestra propia condición y se somete a nuestros mismos rigores. «Sirvos de señá que hallareis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebrén, anuncia el Ángel. Y así vino al mundo la espléndida manifestación de la Omnipotencia, desnuda su carne sonrosada, con escarcha en sus bucles dorados, pobre y aterido, para que ninguna gala mundana hiciera sombra de oropel a la Gran Verdad de su sencillez. No obstante, toda criatura es convocada a la inefable alegría del acontecimiento. «Alzad, príncipes, vuestras puertas, y vosotros, engrandeceros, puertas eternas y hará su entrada el Rey de la gloria, se dice en la Vigilia. En la noche feliz de la Natividad, el Ángel recorre los apriscos y alborota a los pastores con la dulce nueva. En tanto, en el cielo constelado reina la estrella prodigiosa que anunciará a los cuatro puntos cardinales el suceso. Dios ha venido. Una Virgen adolescente lo ha parido y lo estrecha gozosa entre sus brazos. El infante tiende sus labios con ansia al pecho repleto. Fluye leche blanquísima de un pecho humano a una boca divina. La comunión de Dios y el mundo se ha consumado. El Niño, satisfecho, abandona la ingenua tetilla, se vuelve un poco y se adormece con una sonrisa en su rostro adorable.



—Que suerte la tuya Adolfo, acabas de ganar una bicicleta en el concurso de palabras cruzadas.



—¿Por qué construirán la Estación, tan lejos de la ciudad?  
—Seguramente lo harían para que estuviera más cerca de la vía.



—¿No ve usted que el río apenas lleva agua?  
—¿Y qué importa? Tampoco yo se vadar.





